

EL DÁTIL MADURO

Muchos estudiosos atribuyen al sabio británico Isaac Newton el postulado de las leyes de la gravitación universal. A él le corresponde, por derecho propio, la paternidad de esas definiciones científicas.

Sin embargo, su trabajo no habría sido posible sin la curiosidad de otros pensadores desde los albores de la humanidad. Galileo, Copérnico, Halley, Psamético, Da Vinci... ejemplos claros de la búsqueda del origen de las cosas. El Antiguo Egipto tampoco fue ajeno a las investigaciones astronómicas, determinantes en la orientación de sus grandes monumentos.

Karaptah fue uno de esos sabios. Formado en diversas Casas de la Vida, viajó por todos los países con los que Egipto mantenía relaciones, ejerciendo incluso como inspector de cargamentos reales. Sirvió a tres faraones durante su carrera. A los 69 años, solicitó el retiro, coincidiendo con la entronización del cuarto monarca. El joven faraón Methomentó le concedió una villa de retiro y dos sirvientes. En su discurso de despedida, destacó la honradez del funcionario, que tras 52 años de servicio no poseía más bienes que los que cabían en dos asnos.

La inactividad lo llevó a pasear por los campos cercanos al Nilo. Admiraba la naturaleza como obra de los Dioses Primigenios. Añoraba los viajes por el Mediterráneo, sus aromas, sus gentes... y sus burdeles. “Si el joven faraón supiera dónde dejé el salario y las comisiones, no habría pronunciado aquel pomposo discurso. Que Osiris me juzgue en el Más Allá.”

Una tarde, descansó bajo una palmera datilera junto a un canal de riego. Adoptó la postura del escriba, como en sus años mozos. A su lado crecía una calabacera, de una variedad vista en la costa sarda. Dos frutos gigantescos, imposibles de mover, alimentados por el agua fértil del regadío.

“Permítame la conciencia dudar, aunque sea por un momento, de los proyectos de los Dioses Primigenios.”

“¿Sabían lo que hacían al crear una planta tan alta como la datilera con un fruto tan pequeño?”

“¿Sabían lo que hacían al crear una planta tan frágil como la calabacera con un fruto descomunal?”

“¿Sabían lo que hacían cuando...?”

¡Ay! —exclamó el sabio al verse golpeado por un dátil maduro que cayó sobre su frente. El hueso le rasguñó la nariz. Se asustó al imaginar qué habría pasado si la datilera diera calabazas. Interpretó el incidente como castigo divino y pidió disculpas a todo el panteón:

Juro por la grandeza de Amón que no volveré a dudar. Apelo a la rectitud de Maat para encontrar el camino. Pido a Seth que no me fulmine. Que la luz de Atón ilumine mis pensamientos. Que Sobek me devore si vuelvo a dudar. Skemet sabe que tendrá en mí su más fiel seguidor. Osiris, acoge mi alma cuando llegue el momento. Isis, haz llegar tus recomendaciones; añadiré tu imagen al altar doméstico.

Uno a uno desfilaron las díadas, tríadas, enéadas y demás asociaciones divinas. Horus, Nut, Selkis, Bastet, Apis, Ra, Anubis, Neftys, Heka... todos recibieron su petición de indulto.

Al terminar, el sol ya se había puesto. Se levantó con ayuda de su bastón y lanzó un último pensamiento al cielo:

SABÍAN LO QUE HACÍAN